



≡ José Martí

El despota, que se recubre de aquellos conceptos, se niega a dejar las Antillas que es la última posesión en las Américas, que aún sostiene en 1895, cuando fallece José Martí. Él pensaba que la esclavitud es para el espíritu una insatisfacción vital; no se podía vivir si los grilletes y el amordazamiento impedían el desenvolvimiento humano.

España tuvo el dominio absoluto sobre lo cultural y religioso, y se manejaba por una Inquisición histórica y moral que exigía una sumisión contra la cual no podía haber disidencias ni desacatos. Mas, cualquiera que fuese la forma de presión, surgían inciertos fantasmas que se metían en la predisposición sediciosa, que armaban delirantes construcciones. Era un sueño el creer que se podían independizar las Islas. En los períodos de mayor intolerancia y represión, en aquella invisible masa de agitación, Martí apareció gestando las contundentes demostraciones de un visionario. Para los héroes, la patria no tiene tiempo, ni antes ni después de su formación; si se incubaba, cuando es embrión se necesita más el espacio de la esperanza. En la época de forja, la literatura de Martí fue dando silueta al movimiento; mientras que exigía - una parte sería el apoyo a la rebeldía cubana contra España - una acción unificada de América Latina para conseguir, aun con riesgo de la vida o del anquilosamiento intelectual, la integración de la América. Su ensayo «Nuestra América» (El partido liberal, Méx., enero 1891) es una incipiente pero bellísima y vigorosa confrontación al colonialismo que se dispuso a reemplazar a España. Pero es también la auténtica capacidad de entender la política, acumulando ideas genuinas y propias, en un continente en formación, con lo que quiso iluminar al mundo dándole un ejemplo de nobleza en la constitución social. José Martí empieza por examinar la realidad del nativo americano, su variopinto sentimiento, su planteamiento de conjunción con su ambiente y si no tiene indiferencia por el acontecer cotidiano con la gente. De esa manera quiere encontrar la matriz de una sociedad que vive en pesadilla pero que se ha adaptado a ella: «Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza sino con las armas de almohada... las armas del juicio que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra».

IV. Las ideas libertarias de José Martí

En su vigoroso ensayo «Nuestra América» José Martí señala, de entrada, su posición agresiva, poniendo cordura e intransigencia en un balance racional: «No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea energética, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística a un escuadrón de acorazados».

Siente que la dignidad y la ética deben encabezar los ideales, y no llegar al extremo trágico en que los vecinos, por conveniencias, lleguen a herirse. Su párrafo metafórico parece referirse a la acción deshonesta que nuestro vecino desarrolla contra Bolivia: «Los que al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano...»

Al escribir le anima una voluntad testimonial para encarar los enigmas políticos de su época: «¿En qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles?» Le repugna naturalmente la impostura de muchos que quieren atraer hacia su suelo doctrinas foráneas y da énfasis al gobierno que se elige propiamente: «El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país... El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país... Por eso los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales... No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza...»

Mientras desarrolla sus conceptos el lector se satisface por el buen uso del idioma y la belleza de las figuras empleadas, por eso pide una credibilidad de nativa, que su arte debe mostrar la realidad de ese tiempo o la denuncia de hábitos y fragilidades de los americanos que vivían de ilusiones: «La Universidad europea ha de ceder a la Universidad Americana. La historia de América, de los Incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcotes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra... Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos...»

Sus puntos de vista no eran extravagantes o desmesurados; entencida la evolución social por la implacable presión española, buscaba la república, sin pensar en su futuro repleto de problemas, que no disimulara su origen y que no ocultara las carencias somáticas o intelectuales que tenía, porque éstas podían superarse con la sucesión de etapas democráticas: «Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vivimos, denodados, al mundo de las naciones».

La visión que tenía de los habitantes de América era clara y precisa, y la enunciaba con la brillantez de su estilo: «El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar a sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras...»

Lanzó el enunciado que descubría la solución americana: «Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear». Se habrá dado cuenta mientras luchaba con la palabra como arma que el clima tropical concedía su espíritu levantisco a los hombres: «Las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república».

Martí es sensibilidad y emoción cuando afirma: «Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos!». Mirando hacia adelante, preocupándose de las luchas a mansalva, preconiza lo obscureciente del futuro: «Otras (repúblicas) crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales...». Y, sin duda, conociendo hasta el fondo de su continente querido, estaba poseído de una pasión: «el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre... de las manos, que nos dejaron picadas nuestros dueños...»

Aconsejaba que la igualdad se mantuviera en el continente, que en las desemejanzas no se incubara la impunidad del exceso y que no se limitase la soberanía individual: «Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y de adquisición...»

En esa época ya observaba a Estados Unidos que, por mantener su poderío podía corromper ilusiones y realidades de los otros países, que no se le debía suponer «una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente» y que «ni mira caritativo desde su eminencia aún mal segura, a los que con menos fervor de la Historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas...»

Y terminó su ensayo clamando por una epifanía incomparable, un reverberio universal, al sentir lleno de optimismo: «¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestras, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora, por las naciones románticas del continente y por las Islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!»

(*) Dr. Alfonso Gamarra Durana es
Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua,
y Correspondiente de la Real Academia Española



JOSÉ MARTÍ